

algunos casos punzantes que dan medida de la demencial situación en que se encuentra el tema del divorcio por arte de la legislación canónica, modelo y medida de nuestra legislación civil que, en algunos aspectos, es todavía más papista que el Papa, al no haber procedimiento legal claro para obtener una anulación civil del matrimonio que no es canónico. Después sigue con un tema de su especialidad: el de los Tribunales eclesiásticos, valientemente denunciados en numerosos casos por el padre Aradillas, lo que le ha valido procesos eclesiásticos y civiles felizmente sobreseídos después de diversos avatares que pueden considerarse trágico-cómicos.

Y, por último, se plantean las bases para un proyecto democrático de Ley sobre el divorcio en España, y se transcribe el documento, absolutamente insuficiente para resolver el problema, de la "Comisión Episcopal Española para la Doctrina de la Fe", comentado brevemente por el autor.

El libro de Cristina Alberdi y sus dos compañeras, Angela Cerrillo y Carmela Abril, es más técnico dentro de su intención divulgadora. En él se contempla la historia antigua y reciente del matrimonio, siendo especialmente interesantes los datos aportados sobre los antecedentes antiguos del matrimonio en España. Son curiosas las aportaciones de las autoras sobre la institución de la "barraganía" en nuestras antiguas leyes, práctica que se tenía no sólo entre los seglares solteros, sino entre los clérigos y los casados. Otro aspecto de interés también es el de los antecedentes del divorcio en España; por ejemplo, en los dos grandes personajes de nuestra Historia como fueron Fernán González y Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, que divorciaron a sus hijas; y en el llamado **Fuero de Cuenca**, que rigió en muchos lugares de Castilla y Teruel, el cual no recoge la indisolubilidad del matrimonio, sino que permite el divorcio en ciertos casos. El comienzo de la Edad Moderna es el que supone un viraje en este aspecto, y en nuestra legislación civil se recoge en forma universal y clara la indisolubilidad del matrimonio. A continuación, las autoras analizan la situación divorcista en la Segunda República española, y la situación posterior creada por nuestra legislación franquista.

Terminan las autoras el libro—breve pero enjundioso— con unas reflexiones sobre Derecho comparado, la postura oficial actual de la Iglesia, la posición de los partidos políticos hoy, así como las polémicas recientes en la prensa, y las líneas de inspi-

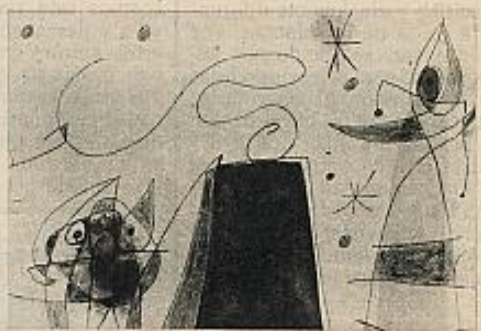
Barcelona

"Tres Juanes" en la galería Joan Prats

Yo iba a Barcelona para otras cosas, pero ya en ella, y en el mundo que yo frecuento, me encontré con el cartel-anuncio de la exposición sobre los "Tres Juanes" en la galería Joan Prats. Se titulaba así: "Tres Juanes; poemas de Joan Brossa, Aiguades de Joan Miró, en homenatge a Joan Prats". La participación de Prats era, pues, pasiva: él era el objeto del homenaje de los otros dos. Era, sí, un homenaje-exposición, pero la tal exposición estaba montada como la presentación de un libro "de bibliófilo"—de esos maravillosos libros que son al mismo tiempo obras de arte, de los que son maestros los catalanes— editado por Polígrafa. El objeto de la exposición era, como ya se comprenderá, los originales para el libro.

Los que vivan de alguna manera el mundo del arte—aunque sea lateralmente, como yo; o aunque, como yo, no sean barceloneses—, los iniciados en el mundillo del arte, no necesitan que se les diga quién era Joan Prats. Prats era—ahora que ya no vive podemos decirlo sin crearle enemistades— el primer ciudadano—por libre— de Barcelona. "Por libre" digo, porque no tenía ninguna representación ni nadie le había otorgado jerarquía alguna. No era literato, ni artista... Bueno, me rectifico: era, sí, artista del vivir barcelonés, porque él heredaba todo un estilo que se arrastraba desde finales del siglo pasado y que, en algún caso, subsiste y propone normas para el futuro. Era sombrero. El último sombrero de gran estilo, y en eso sí, en ponerse su propio sombrero y en diseñar modelos para otros, era un verdadero artista. Pero era artista, sobre todo, en el arte de ser amigo de sus amigos.

Le recuerdo ahora, fumando su interminable cachimba y con su sombrero levemente ladeado, esbozando su sonrisa, también leve, de escepticismo... ¿De escepticismo por qué? Sí: porque, en el círculo donde se movía, y que yo frecuenté alguna vez en Barcelona, no había más sombrero que el suyo. Y en ese sentido era como un sacerdote oficiante de una extraña religión



Joan Prats.

en tierra de infieles. Por eso su sonrisa. Y claro está que él nunca rompió lanzas en favor de la religión del sombrero. Se limitaba, tan sólo, a ser un creyente y, aún más, a ser un sacerdote de ese culto.

El hecho de que el poeta de esa exaltación "Juánica" sea Joan Brossa también está muy bien. Alguna vez pensé que Brossa era un humorista. No. No es que deje de tener humor, pero el humor en él es un añadido casi involuntario. Tal vez sea—pero también involuntariamente— un "nietzscheano"... ¿pero cómo? Acaso como lo fueron, sin deliberación, aquellos catalanes a caballo entre los dos siglos, que también tenían fermentos andrúquicos y que, no por azar, adoraban el wagnerismo. Claro que yo no conozco aún la contribución literaria de Brossa a ese homenaje. La otra aportación, la plástica, es la que hace Joan Miró, el gran amigo de Prats desde los años juveniles. Ese es un mundo en el que yo tampoco puedo entrar porque, conociendo a Miró, es evidente que mucha savia de la realidad de esa amistad tiene que transcurrir por la estructura de esos grabados.

Yo sólo sé que es una exposición que está muy bien. Está ambientada perfectamente, porque, como ya he dicho aquí en alguna ocasión, la galería Joan Prats ocupa el lugar y el local de la antigua tienda de sombreros de ese nombre, que estaba regida por ese hombre. Y los actuales regentes de la galería han tenido el buen gusto de conservar, en múltiples detalles, mucho del estilo de Prats.

Dentro de poco será la noche de San Juan. Felicitemos a esos tres nombres anticipadamente. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

Locura y disidencia

Cuando frente al poder opresivo el individuo no encuentra más camino que la disidencia o la impotencia consciente, es cuando Cooper afirma que en todo loco hay un disidente. Disidente social, contra la macroestructura, la mixtificación cultural, la falsa utilización de conceptos y el fomento del analfabetismo político. El mundo del Este produce disidencia, pero luego, Occidente la utiliza como arma ideológica, cuando estos intelectuales repudiados oficialmente no vienen sino para huir de una falta de libertad, y

ración que las redactoras a esta obra creen que debía formar parte de la ley futura, redactando un borrador de ley inspirado en la de 1932, que podría servir de discusión.

Yo creo que son muy necesarios estos libros para desarrollar, en sentido práctico, la conciencia social adquirida desde hace años por los pueblos del Estado español, acerca de la necesaria implantación legal del divorcio en España, resolviendo con esta deseada ley los numerosos casos que hoy se presentan y que hacían de tal ley nada más que "el reconocimiento legal de un hecho", como interpretaba ya el divorcio en el siglo pasado Carlos Marx. ■ E. MIRET MAGDALENA.

no para formar parte de nuestro mundo capitalista. Esperan recibir apoyo y encontrar acción en los intelectuales de Occidente. Apoyo no sólo moral, sino también ante la falta de libertad de pensamiento, el "no-pensamiento" oficial que se les impone en sus países. Pero esto no sólo ocurre allí; en Occidente los movimientos perturbadores son asumidos como un ligero malestar, frente al bienestar oficialista. Sistema basado en el Estado-poder, tan sutil en su represión y tan hábil para buscar aliados.

Los intelectuales de Occidente acuden con frecuencia a la reforma parcial de las instituciones, de las estructuras sociales, temen acercarse a la revo-

lución y huyen de la disidencia activa. De ahí el frecuente despegue con que tratan a los movimientos tercermundistas, que no buscan sino reivindicar los derechos humanos más elementales. Víctimas de la división del trabajo y de su alejamiento de la práctica, estos intelectuales se pierden fácilmente en una apreciación mixtificada de la realidad. Los trabajadores de los países donde viven son oprimidos, los marginados olvidados, y los disidentes condenados a la impotencia. Hay un Megagulag occidental que vuelve locos también a sus disidentes.

Es habitual la condena por parte de los psiquiatras occidentales de la utilización política de la ciencia en los regímenes del Este. Pero es frecuente olvidar que aquí también se utilizan los mismos métodos con el mismo fin. La psicocirugía está en boga, y también la implantación de electrodos para control del individuo. Una enfermedad mental, que acaso es producto de una desalienación política primaria, puede recibir un tratamiento similar. En el Congreso Internacional de Milán, el psiquiatra norteamericano Szasz habló de culpabilidad para la profesión, en tanto persistan estos métodos, y en tanto se siga autorizando o recomendando el encierro psiquiátrico contra la voluntad del paciente. El cual quizá llegue a sufrir una extirpación de parte de su cerebro, como método eficaz de devolverle la docilidad.

Algunos activistas disidentes occidentales actúan contra la psiquiatría estructurada desde dentro, como personal anejo al sistema manicomial. Su trabajo les permite luchar eficazmente contra la vigilancia y el control crecientes. Este movimiento, como otros paralelos, busca en la autogestión la ruptura de la cadena represiva, que se ejerce sobre el individuo a través de la enseñanza, del sistema jurídico-penal. O de la misma psiquiatría de la que hablamos, que se encarga de actuar sobre el individuo, al servicio de una sociedad con intereses. Para Cooper (1), ninguna actuación ha de verse fuera de su contexto; incluso en el caso de Manson, donde considera inevitable recordar que los Estados Unidos estaban en lucha en Vietnam, dentro de un contexto propagandístico que legalizaba mesiánicamente el asesinato en masa. O el caso del grupo Baader-Meinhoff, cuyas actuaciones intentan destruir los agentes capitalistas, como única forma de acabar con el sistema vigente, dado que la propaganda

da anestesia a la sociedad en que viven. Y quien escapa a este efecto, la represión en Occidente le condena a la impotencia. En el Tercer Mundo, donde se fomentan los Gobiernos restrictivos favorables a los intereses imperialistas, la disidencia se incrementa y produce grupos activos. En la zona de influencia soviética aumentan las tendencias autonomistas, partidarias de socialismos no vinculados. En este sentido, la disidente yugoslava Heller advierte de que las estructuras sociales han de desmontarse si se quiere estar de acuerdo con las necesidades reales.

Para Cooper las formas institucionales deben existir mientras sean capaces de autodestruirse o de adaptarse en todo momento, para no producir impotencia, a la autonomía personal y de las minorías étnicas. Muchas de las posturas disidentes han nacido como consecuencia de reformas incompletas y parciales, de remodelaciones a cargo de expertos técnicos que olvidan la base social. Sin embargo, en ocasiones en que la masa ha participado plenamente en la toma de poder político, su esfuerzo reivindicativo le ha cansado y pronto ha vuelto a su plano inactivo. Por ello, Cooper es partidario de una **revolución social total** en lo económico, en lo político, en lo cultural, que deje abierta la puerta al cambio y evolución a tenor de las necesidades sociales. ■ CARMEN FERNANDEZ RUIZ.

CINE

"La última mujer"

Con la anhelada "La grande bouffe", coincide en nuestras

pantallas la penúltima obra de Marco Ferreri, "La última mujer" (1977). Posteriormente, Ferreri ha rodado "Adiós, macho", de bastante impacto en Italia. El guión de "La última mujer" sale, una vez más, de la colaboración del realizador con Rafael Azcona e incide de lleno en la poética de la mediocridad cotidiana y de la crisis de las relaciones hombre-mujer.

Vaya por delante que la copia proyectada en Madrid tiene defectos de sonido e imagen, y sobre todo que ha sufrido un doblaje tan criminal como puedan serlo los de, por ejemplo, "Starsky y Hutch". Pero "La última mujer" arrastra poco a poco al espectador, lo encela en una amarga fascinación. Como es habitual en Ferreri —el caso más claro podría ser "Dillinger è morto"—, la narración asfixia, la chatura de las secuencias va revelándose poco más y más letal, los diálogos mantienen una angustiante chabacanería: el resultado es siempre un poema del pesimismo y la confusión. Para colmo, en "La última mujer" los escasos exteriores son siempre bloques anónimos, complejos industriales amenazantes, niebla, polución, frialdad, asfalto. Pero el infierno no es sólo el decorado de fuera. Azcona-Ferreri siguen obsesivamente la acción en interiores, en especial en dormitorios, en baños. Se nos narra la historia de un separado joven, padre de un niño, que se pone sin más a vivir con una muchachita de la que nada se nos aclara (y aquí puede estribar el acaso único defecto de la película, fallo achacable quizá a que una mujer no ha metido mano en el guión: el personaje de Ornella Muti se nos va vaciamente de las manos). Pero lo que querían los autores era centrarlo todo en derredor del protagonista masculino, muy bien incorporado por Gérard Depardieu.

Es, pues, un análisis de la impotencia cotidiana desde y

para el hombre, el macho de hoy, sumido en la histeria, la ignorancia, la soledad, incapaz ya de seguir manteniendo con las mujeres ficciones de comportamiento, que ya se delatan como inservibles para siquiera sobrevivir; un macho escindido, que no sabe ni dar un paso en un mundo en el que ya nada es como le dijeron que era; un macho que se debate en busca de una fórmula que le permita la convivencia con esa desconocida llamada mujer, un dominador sin trono, un león sin rugido, un macho unido a un falo que ya no le sirve ni para interpretar, ni para transformar la vida, ni siquiera le ayuda a vivir.

Obra coherente con la lucidez y la misoginia hermanadas en ambos autores, "La última mujer" tiene mucho de ese alarido desesperado que hace que sean las películas paridas desde lo más hondo de esta crisis las que vayan a quedar como expresión de lo que nuestra vida era a estas alturas del siglo XX. Aquí falla el análisis del personaje femenino, pero el del masculino es antológico. ■ INTERINO.

"Sebastiane"

Nada más lejos del humor que esta película inglesa, realizada con pocos medios, hablada en latín (en un latín particular y "casero"), que se pretende ingeniosa, que quiere ser Fellini y que propone una estética homosexual —de liberación homosexual, pero fetichista, literaria y alienadora.

Realmente podía haber tenido gracia una versión de la vida de San Sebastián que muere por no dejarse seducir en un mundo donde las relaciones homosexuales masculinas están vistas con normalidad. De hecho la historia de su martirologio tendría relación así con la de tantas santas de la cristiandad que defendieron "su virtud" contra viento y marea. Tenía también una carta ganada de antemano el diálogo en latín (con lo que el santo gritaría "nunquam, nunquam" cuando intentaran violarlo) y un estímulo para el espectador encontrarse con la primera película porno-homosexual.

Sin embargo, el desarrollo de la película se pierde en pedantes trascendencias, en pretenciosos juegos anacrónicos, en el lucimiento de los desnudos, en la recreación "artística" de momentos cumbres (como la escena de amor en el río, a cámara lenta, con el agüita chorreado por los cuerpecitos bronceados) y hasta en una torpeza narrativa que en ocasiones hace la pe-

"La última mujer", de Marco Ferreri.



(1) ¿Quiénes son los disidentes?, por David Cooper. Ediciones Pre-Textos. Valencia.